

LAS BARBAS EN REMOJO

"Diga a nuestros amigos de los Estados Unidos, y también a nuestros enemigos, que Cuba logrará los diez millones." La telefonista había anudado la comunicación de Fidel Castro —en algún lugar de la isla, encabezando una brigada de macheteros— con su Ministro Carlos Rafael Rodríguez, en la Asamblea de las Naciones Unidas. Sucedió en marzo, cuando muchos suponían que la zafra gigante se desinflaba; desde entonces, Castro repitió su optimista mandato, pero debía saber que los vicios de infraestructura industrial no se remedian con desbordamientos musculares.

Cuatro meses más tarde —el domingo antepasado—, el Primer Ministro ofreció su renuncia; acepta su culpabilidad por los resultados de la cosecha, algo menos de 9 millones de toneladas. "Es cierto lo que dicen nuestros enemigos: hay descontento", sostuvo ante la multitud apretujada en la Plaza de la Revolución.

Era el 17º aniversario del asalto al cuartel de Moncada (26 de julio). A su lado, varios padres de mártires guerrilleros: el de Guevara, los de los Peredo, los de Camilo Torres y los de Regis Debray. También lo acompañaban el domesticado Rodney Arismendi, jefe del comunismo uruguayo, e ignominiosos delegados tupamaros: aunque en Montevideo insisten sobre sus diferencias, esta vez compartían la misma tribuna.

Pero la mayor atracción del espectáculo, de tres horas y media, lo brindó el inefable Antonio Arguedas. Luego de pedir serenidad, Fidel anunció que "las manos del Che y una mascarilla de su

rostro están en La Habana, bien conservadas". Todo el pueblo aplaudió al Ministro que las había robado de su país natal, Bolivia, o de sus cofrades de la CIA; agradecían el gesto del confidente de René Barrientos, cuyo Gobierno se responsabilizó por la muerte del legendario guerrillero.

El homenaje a la aventura de Moncada fue la confesión de un fracaso, la más severa autocrítica emitida por Castro. A pesar del "heroico esfuerzo del pueblo", no se alcanzó el tope soñado. Es que se paga "la herencia de nuestra ignorancia"; a su entender, "el aprendizaje de los dirigentes costó demasiado caro". Entonces, nada mejor que "busquen a otro o a otros". Sin em-



Fidel Castro: Se acabó la diversión.

bargo, esta solución "sería hipócrita"; el reemplazo de las cabezas gobernantes "no podría resolver los problemas".

El Ministro de la Industria Azucarera, Francisco Padrón, no osó justificar su ineptitud; pero su salida —lo sustituyó hace un mes el agrónomo Marcos Lage Coello— no contuvo la irritación: la zafra fue el pivote sobre el que giró la política cubana y de esa política sólo había un responsable, Fidel Castro. Su renuncia —comparable a la de Nasser, al final de los Seis Días— presagió un cambio en la gestión interna, una etapa cumplida.

Castro aclaró que no había elegido la cifra de los diez millones por espíritu deportivo, sino por puras razones económicas. Cuba consume 800 mil toneladas de azúcar y vende a la Unión Soviética y aliados algo más de seis millones. El mercado libre o marginal, que procuraba ensanchar, le exige dos millones; el interés se justifica: sólo el mundo capitalista le proporciona divisas libres, necesarias para equipar su industria y mejorar su agricultura y ganadería, rubros en los que alcanzó meritorios frutos. En suma, la ofensiva sobre los consumidores obedece a que los rusos no pueden absorber un gramo más de azúcar, ni los cubanos pueden incorporar un tornillo más de la industria soviética.

Antes de la Revolución las mejores zafra habían trepado hasta siete millones, pero la de 1963 no llegó a cuatro, y la del año siguiente, con jadeos, pudo incorporar apenas medio millón más. Eran los años locos de la industrialización, una utopía piloteada por el Ministro Ernesto Guevara, quien olvidó la realidad territorial y demográfica para embarcarse en un ilusorio programa.

Algunos sermones soviéticos, y el alejamiento de Guevara, llevaron a Cuba al umbral del "año de la agricultura" (1965): la producción de azúcar rebasó los seis millones de toneladas. Castro cantó su satisfacción —"una batalla decisiva", dijo el 7 de junio, en el ingenio Antonio Guiteras— y propuso un plan: 6,5 millones para 1966; 7,5 en 1967; 8 en 1968; 9 en 1969 y diez en 1970. Atrapado por sus propios sueños, nunca alcanzó las cifras previstas.

Resulta paradójico que este



Dumont: No dejarse estar.

año, franqueadas todas las vallas y establecido un nuevo record de producción, los efectos de la zafra sean un traspie moral, político y económico. Es que el Gobierno tenía un solo objetivo y el pueblo se rindió a él; los servicios se descuidaban, algunos sectores industriales quedaron desquiciados.

Si el obsoleto equipo mecánico de las refineras fue el obstáculo principal, no menos jerarquía habría que obsequiar a la ineptitud de los administradores, quienes olvidaron las reglas fijas de la producción y el consumo. Hace dos años, los ingenios competían por digerir menos petróleo, aunque la industria requiere cerca del 5 por ciento de las necesidades nacionales. Pero las consignas que invitaban al ahorro de combustible produjeron consecuencias contradictorias: el Central Ranulfo Leiva —el de menor producción en la provincia de Oriente— arrebató una palma por el poco gasto de petróleo.

Los cubanos, como se ve, pueden cumplir al pie de la letra los slogans: una vez que Fidel dio la orden, cientos de miles de personas partieron a los campos de labranza. Pero su trabajo no se reflejó en las estadísticas. Varios burócratas ociosos, el grupúsculo de Aníbal Escalante profetizaron el derrumbe: el ortodoxo comunista todavía reposa en una *dacha*, entre los guajiros. Se confundió la producción con la moral: en marzo de 1968 el Primer Ministro hizo el elogio de la tracción animal —el buey— para paliar la escasez de transportes y la falta de combustible. Otras exageraciones: los internos del Hospital Psiquiátrico optaron por el trabajo "voluntario" en el Central Comandante Manuel Fajardo, escoltados por médicos y enfermeras. Al parecer una tarea agotadora suaviza los espíritus, aplaca las angustias.

Había premios —viajes, motocicletas— por las horas suplementarias; Miguel Martín, Secretario de la CTC-R

(Confederación de Trabajadores Cubanos-Revolucionarios), los reemplazó por el estímulo moral: entonces los obreros jóvenes, los especializados, emigraron.

EL ACIERTO DE DUMONT

Muchas de estas fallas se habían anticipado por boca de René Dumont, un agrónomo francés que visitó a Castro varias veces y escribió tres libros sobre la Revolución cubana. El último —una crítica medular— ha desatado polémicas en París; allí, justamente, lo entrevistó un redactor de PERISCOPIO, a quien expresó su análisis de la cosecha:

—La mala zafra de 1969, que no permitió sobrepasar los 4,3 millones de toneladas, había agravado aún más el déficit. Mucha caña fue volteada para emplearla como leña, las lluvias demoraron la recolección por más tiempo que el de costumbre y, por último, una parte de las plantaciones se mantuvo sin cortar, reservándola para la grandiosa cosecha de 1970, que comenzó realmente en julio de 1969.

—¿Se podía entonces presumir el fracaso?

—En efecto, y así lo pronostiqué, con el consiguiente enojo de algunos administradores agrícolas cubanos. Castro no había dejado de anunciar la abundancia para más adelante, y he aquí que ahora es más adelante. China, por ejemplo, en sólo tres años, de 1959 a 1962, con un déficit alimentario mucho peor que el de Cuba y condiciones de superpoblación infinitamente más graves, consiguió, con un superávit de legumbres, compensar la penuria de cereales. En Cuba, por el contrario, la escasez de legumbres no dejó de agravarse desde 1961. Los cubanos han comenzado a encontrar el tiempo demasiado largo, y a decirlo. Por eso el fracaso de 1970 —justamente cuando se había prometido una sensible mejoría— es decisivo desde cualquier punto de vista.

—¿Cuál es la lacra de la agricultura cubana?

—La militarización de la economía, en general, se reveló sumamente perjudicial en la agricultura. Toda ella fue organizada, durante el último año, según un esquema militar, dirigida desde puestos de comando —nacionales, provinciales, regionales—, con un estado mayor y relaciones jerárquicas. Tratado como individuo de segunda clase, transferido de una empresa a otra o de una explotación a la vecina, más o menos alimentado, el trabajador desarrolló una tendencia a dejarse estar.

Se han abatido, también, otras calamidades sobre el azúcar. En 1966, la URSS protesta por los retrasos en la entrega; la misma queja repiten Finlandia

y Suecia, un año más tarde. Un cliente francés y una refinera británica nunca recibieron sus pedidos; una empresa japonesa, Iwai & Co., califica el producto como "extremadamente malo".

Habría que preguntarse, luego de las declaraciones de Dumont y de otras pruebas, si Fidel alguna vez pensó realmente en llegar a los 10 millones. Los expertos predijeron: "Con 152 refineras, trabajando sin tropiezos, el tope de la zafra bordea los ocho millones". Para ellos, cualquier exceso no habría encontrado fábricas, como sucedió de hecho. En mayo, Castro reconoce por televisión: "Nuestra capacidad de molida está por debajo de la capacidad de molida de los capitalistas".

La economía cubana se encuentra en un punto crítico: el producto bruto es de 2.500 millones, casi el mismo de hace diez años, con un par de millones de personas más. ¿Qué hará Fidel? Su renuncia parece una estrategia política, un ejercicio: retiene el control absoluto de la situación. No se funda, tan sólo —como pretenden los exiliados de Miami—, en prevenciones policiales.

¿Ensayará Castro una reconversión de su régimen? Es demente pensar que vuelva al capitalismo; intentará un cambio, apenas. Los fracasos lo hacen entrar en razón: desde la muerte del Che, cesó la ayuda a la guerrilla. Ahora tendrá que abandonar los "estímulos morales" y arrasar con cinco años de literatura "moralista" en materia de finanzas.

Corrección de la praxis, nuevos métodos. Es probable que se trate sólo de eso y no de la clausura de un régimen, como supone el esquematismo. "Es el principio del fin", había destilado el ex Presidente Prío Socarrás hace siete años, mientras preparaba los bártulos y partía de la isla. Simplemente, era su propio fin. Ahora repitió lo mismo: quizá tampoco lo acompañe la fortuna. ⊕



Zafra: Un sueño inalcanzable.